

## LOS MARTIRES.

### SUMARIO.

Satanás reanima el fanatismo del pueblo.—Fiesta de Baco.—Muerte de Hierócles.—Condenacion de su alma.—Desciende á Cimodocea el ángel de la esperanza.—Recibe Cimodocea el traje del martirio.—Doroteo saca á Cimodocea de la cárcel.—Alegría de Eudoro y de los confesores.—Cimodocea abraza á su padre.—El ángel del sueño.

### CANTO XVII.

#### I.

El Príncipe infernal rabioso mira  
La compasion del pueblo, y la victoria  
Que alcanza el Confesor. Ardiendo en ira:  
“Haré temblar, clamó, sobre su gloria  
“Al mismo Eterno que acatando admira  
“Servil ángel: su cólera ilusoria  
“No me podrá impedir que esa obra suya  
“De seis dias en uno la destruya.

#### II.

“Mas qué! cuando ya toco los extremos  
“Del triunfo, ¿sufriré ser insultado  
“De un Mártir con propósitos blasfemos?  
“¿Y el pueblo á su dolor será apiadado?  
“El furor de esa plebe concitemos;  
“Sea el hombre otra vez embriagado  
“Con la sangre del Mártir y el aroma  
“De incienso inundo en la pagana Roma.”

#### III. IV

Dice, y toma el semblante, voz y gesto  
De Tages sumo Arúspice. Despoja  
Su cabeza inmortal del solo resto  
De antigua cabellera al fuege roja;  
Cambia la cicatriz que el rayo ha puesto  
En su frente y la rabia y la congoja,  
En venerable arruga; y plega el ala  
En toga línea que á su talle iguala.

#### IV. IV

Y su cuerpo en el báculo encorvando,  
Se avanza de este modo hácia la plebe  
Que se iba de la cárcel retirando.  
“¿Qué ternura sacrilega te mueve,  
“Pueblo Romano? dice: preparando  
“Vuestro Augusto espectáculos, ¿se atrevé  
“Abrir alguno á la piedad su pecho  
“Por esos de naciones vil desecho?”

V. II

“Soldados! por el suelo la bandera  
 “Mirais y os condoleis! ¿Qué pensaria  
 “Un Camilo ó Cipion si la luz viera?  
 “Dejad la compasion que os extravia;  
 “Y en vez de lamentar el fin que espera  
 “A esa canalla odiosa cuanto impía,  
 “Venid á suplicar á nuestro templo  
 “Por la salud de Augusto que os da ejemplo.”

VI.

Hablando así, el espíritu nefario  
 Sopla la ira y furor en la inconstante  
 Multitud. Ved, exclama un Victimario:  
 “O prodigio! el Arúspice á este instante  
 “Dejé en el capitolio en el sagrario.  
 “¿Un Dios, por reprendernos, el semblante  
 “¿Habrá tomado del divino Tajés?  
 “¿Un hombre al mismo tiempo en dos parages!

VII. VI

A estas palabras de comun asenso  
 Todo el pueblo á mirar sus ojos vuelve  
 Al portentoso Augur. En humo denso  
 El ángel de tinieblas se disuelve.  
 Crece la ira en la plebe, y con intenso  
 Dolor y espanto al punto se resuelve  
 Marchar al templo, á expiar en la ara  
 El sentimiento humano que albergára.

VIII.

Galerio celebraba sus natales  
 Con el Pártico triunfo señalado  
 El dia de las fiestas floreales.  
 Por captarse mejor pubalo y soldado,  
 Restableció los juegos Bacanales  
 Que tiempo hacia suprimió el Senado: (1)  
 Por término al honor de tales fiestas  
 Las muertes de los fieles son dispuestas.

IX.

De impúdica Deidad el culto hacia  
 La embriaguez, el crimen, la licencia:  
 Al público prostíbulo, en la via  
 Patriciana, iba el pueblo en concurrencia,  
 Donde el son de la tuba reunia  
 Cortesanas desnudas, la indecencia  
 A Flora consagrando en cantos llenos  
 De impureza con bailes mas obscenos.

X. III

Sobre un carro tirado de elefantes  
 Galerio al Capitolio se avanzaba,  
 La familia de Nárses con brillantes  
 Cadenas arrastrando. Acrecentaba  
 El aullido y fragor de las Bacantes  
 El ruido, y el desórden variaba  
 El ánfora y tonel que en el camino  
 Derraman á placer al pueblo el vino.

XI.

A Baco se veía en un tablado;  
En torno sus Vestales, sacudiendo  
La antorcha bacanal; tirso enramado  
Con pámpanos, tripudian al estruendo  
De címbalos, clarines; desgrenado  
El cabello, y por traje un mal remiendo  
De piel de ciervo que en el hombro ataban  
Con culebras que al cuello se enroscaban.

XII.

Estas llevaban tiernos cabritillos  
En sus brazos; aquellas ofrecían  
Sus pechos á recientes lobatillos;  
Disfrazados de sátiros seguían  
Histriones conduciendo dos novillos  
Que servirles de víctimas debían.  
Su flauta modulando Pan obsceno  
Precedía al impúdico Sileno.

XIII.

Quien montado en un asno se apoyaba  
Sobre el Fauno y Silvano: una Bacante  
La corona de hiedra le llevaba;  
Y un Eguipan la copa espumeante.  
La pompa bulliciosa caminaba  
Con paso desigual y vacilante,  
A Baco y Venus á la vez brindando:  
Tres coros entonaban alternando:

CORO.

Cantemos á Baco, su nombre rebóe,  
En himnos alegres repitiendo Evóhe.

HIMNO.

Ven, de Semele hijo, honor de Tébas  
La auri-clipéa, ven danzar con Flora:  
Tierno la adora Céfito su esposo,  
Reina de flores.  
Ven con nosotros, gozo de Ariadna,  
Tú que pisaste cumbres del Ismaro,  
Ródope claro, Citeron umbroso,  
¡Dios del contento!  
Ninfas del Nisa diéronte en la cuna  
Líquido néctar de la vid dorada;  
Dulce tonada te cantó la Musa  
Para arrullarte.  
Fiero pirata, viéndote chicuelo,  
Plácido, alegre, te creyera humano;  
Pérfido, insano, pretendió robarte,  
Tú le burláras.  
Vino purpúreo llena el bajel negro,  
Pámpanos penden de la vela izada,  
Hiedra cargada de sus frutos verdes  
Trepá en el mástil.  
Frescas coronas ciñen los remeros,  
Salta á la popa fiera guedejuda,  
Luego se muda en Delfin el nauta,  
Brinca á las ondas.

**CORO.**

Cantemos á Baco, su nombre rebóe,  
En himnos alegres repitiendo Evóhe.

**HIMNO.**

Nieto de Cadmo, gloria de Sileno,  
De ojos brillantes, rubio cual Apolo,  
La India no solo de tu imperio goce,  
Reina en Italia.  
Vino Falerno, Cécubo hay en ella,  
Dos veces grato fruto al árbol pende,  
Tantas suspende al ubre la oveja  
Recental tierno.  
Rápidos potros por sus campos vuelan,  
Toros sin mancha pacen en sus prados,  
Que ante afanados triunfadores suben  
Al capitolio.  
Feudos del orbé dos mares la rinden,  
Aureos metales cubren sus collados,  
Pueblos nombrados, héroes mas famosos  
Madre la dicen.  
Salve, fecunda tierra de Saturno,  
Cólmete rica con sus dones Céres,  
Entre placeres tripudiando al grito  
Sacro de Evóhe.

**CORO.**

Cantemos á Baco, su nombre rebóe,  
En himnos alegres repitiendo Evóhe.

**XIV.**

¡Cuán vario un mismo pueblo y cuán distinto!  
¿Podríanse decir conciudadanos  
Los hombres que habitando igual recinto,  
A estos se les ve alegrarse insanos,  
Y aquellos lamentarse? ¿los que el cinto  
De Venus desatando con sus manos,  
Alegres cantan himnos lupercales,  
Y los tristes que van á funerales?

**XV.**

¡Qué contraste! la fiel Roma se entrega  
Al desórden y lúbrico alborozo,  
Y entretanto el cristiano humilde ruega  
De su triste y oscuro calabozo;  
Duélese del furor y mente ciega  
Del pueblo, y con pacífico sollozo,  
Delante un crucifijo arrodillado,  
Esp'a el culto á Baco y Flora dado.

**XVI.**

Los fieles que no están en las cadenas,  
Cerrados en sus casas, eludian  
Con la ira popular torpes escenas.  
Solo ministros sacros discurrían  
Consolando á los pobres en sus penas;  
Matronas que los siervos recogían  
Por ingratos señores desechados,  
O niños por ruin madre abandonados.

XVII.

¡Caridad admirable! su suplicio  
De la fiesta pagana es ornamento,  
Y el cristiano al gentil rinde el oficio  
De cariñoso hermano. Ya el momento  
Se acerca de cumplir su sacrificio.  
Al furor de Galerio prestó aumento  
La escena del banquete, en el tumulto  
De la plebe mirando un nuevo insulto.

XVIII.

A Eudoro ordena que al siguiente día  
Se le esponga en el circo, y todo preso  
Después de él. Su venganza se entendía  
Al vil Hierócles, cuyo torpe escésio  
Que del pueblo escitára la osadía,  
Le refuyera Publio; en un acceso  
De cólera en un buque manda echarlo,  
Y al lugar del destierro trasportarlo.

XIX.

La paciencia de Dios ya fatigada  
Cedia á la justicia el predominio.  
No bien dejó Hierócles la morada  
De Festo, cuando el ángel de exterminio  
Le traspasó de nuevo con su espada.  
Luego su enfermedad vence el dominio  
Del arte de Esculapio de tal suerte  
Que no queda mas medio que la muerte.

XX.

El gentil que en la lepra ve del cielo  
La maldición, lo evita con cuidado.  
Su mismo siervo le huye: así en el suelo  
De todo el universo abandonado,  
Solamente en el fiel halla consuelo;  
De ardiente caridad este animado,  
A su enemigo enfermo abre su hospicio,  
Y plácido se ocupa en su servicio.

XXI.

Allí cerca del Mártir mutilado,  
El alivio á Hierócles solicita  
La mano que los Santos ha curado.  
Pero tanta virtud tan solo irrita  
A este hombre del cielo abandonado:  
Por Cimódoce ya furioso grita;  
Ya Eudoro se figura ver delante,  
Una espada en la mano fulgurante.

XXII.

Al ministro infeliz en tal estrecho  
De Augusto la órdea rígida se anuncia,  
Y una herida mortal se hace en su pecho.  
El Señor su postrer hora denuncia.  
Como una sombra entonces en su pecho  
Se incorpora el incrédulo, y pronuncia  
Con voz lánguida, incierto y congojoso:  
“Para siempre me voy á hallar reposo.”

## XXIII.

Y espira. ¡O cuán poco duradera  
La esperanza le fué! La infeliz alma  
Que morir con el cuerpo consintiera,  
En vez de la total y eterna calma,  
Del fondo del sepulcro salir viera  
Una pálida luz, y esta voz calma  
A su oído llegó distintamente:  
“Yo soy aquel que soy eternamente.”

## XXIV.

Lo inmenso se descorre al ateista:  
A un tiempo verdad triple le consterna:  
Existencia del alma, sumo Artista,  
Duracion del castigo y premio eterna.  
¡Caed montes, cubridlo de la vista  
Del sempiterno Juez! ¡Abre, caverna  
Del abismo, tu horror será menguado  
Si puedes ocultarle á un Dios airado!

## XXV.

Mas ¡ay! fuerza invisible en un instante  
Lo lleva al tribunal, donde el Eterno  
Le muestra una vez sola su semblante,  
Mas qué terrible!.....Su Hijo sempiterno  
A la diestra se ve con el brillante  
Ejército de Santos. El infierno  
Corre tambien al tribunal augusto  
Su presa reclamando del Juez justo.

## XXVI.

El ángel de la guarda solo asiste  
A Hiérocles, confuso y lastimado.  
“Ángel, dice el Señor, ¿por qué no diste  
“Auxilio á la alma puesta á tu cuidado?  
“¡Misericordia, ó Dios!” responde triste  
Replegando sus alas. “¿No te ha dado  
(La misma voz del alma) con frecuencia  
“Saludable consejo y advertencia?”

## XXVII.

Y el alma en el espanto mas profundo  
No responde palabra: así demuestra  
Condenarse ella misma. El bando inmundo  
De demonios: “es nuestra! grita, es nuestra!  
“Con errónea ciencia engañó al mundo;  
“De sangre maculada está su diestra;  
“El público pudor ofendió obsceno;  
“Jamás la penitencia entró en su seno.”

## XXVIII.

El Anciano de días al temible  
Ángel que de la vida tiene al lado  
El libro, manda abrir: ¡caso terrible!  
De Hiérocles el nombre está borrado.  
Entonces el Juez sumo, incorruptible,  
Con voz que hace temblar al condenado:  
“Ve, maldito de mí, al fuego eterno  
“Con Satanás y su ángel al infierno.”

XXIX.

El alma del ateo en el instante  
Principia á aborrecer con odio infando  
Al supremo Hacedor; la boca hiente  
Revienta del abismo, arrebatando  
Entre fuego al impío blasfemante;  
Sus compuertas sobre él luego cerrando:  
“La Eternidad!” pronuncia el antro hueco,  
“La Eternidad!” repite el ronco eco.

XXX.

Al ateo el Señor muestra su saña,  
Y ya dispone el premio al inocente.  
Un poder hay celeste que acompaña  
A la Fé y la Virtud asiduamente;  
Al hombre alienta, sirve de compañía  
En el mar de esta vida, y complaciente  
Lo mismo asiste al célebre viajero  
Que al pobre é ignorado pasajero.

XXXI.

Una banda en los ojos, ve no obstante  
Lo futuro; en su mano á veces lleva  
Un cáliz de un litor dulce, inebriante,  
A veces tierna flor que se renueva;  
Nada á su grata voz hay semejante  
Y suave sonrisa; siempre nueva  
Su alegría, mas crece cuanto avanza  
Al sepulcro: su nombre es la Esperanza.

XXXII.

Tan bello serafin Manuel envía  
Que á Cimódóce aliente en su desgracia,  
Mostrándola de célica alegría  
Un lejano fulgor que el alma espacia.  
La Fama como cierto difundia  
Que Augusto al confesor acordó gracia:  
La escena del banquete ocasionára  
Tal rumor que á Cimódóce llegára.

XXXIII.

Cuando un náufrago triste se debate  
En las olas, y apenas se sustenta,  
Si, pronto á sucumbir al nuevo embate,  
Una tabla la onda le presenta,  
Se abraza de ella, y mira su rescate  
Como cierto á pesar de la tormenta:  
Así en salvo la vírgen se figura  
Cuando ve de esperanza la luz pura.

XXXIV.

Infeliz! de la muerte no sabía  
Que del sol la separa solo un turno,  
Y el traje del martirio recibía:  
Ropá azul, cinturon, manto y cóturno  
Color negro, con blanco velo hacia  
Su vestido de muerte; en el nocturno  
Asilo mano oculta lo pusiera  
Con órden de que luego lo vistiera.

## XXXV.

En su ilusion Cimódoce imagina  
Ver el traje nupcial que la regala  
Su esposo, y con cuidado lo examina.  
Luego viste la túnica, y la iguala  
Con el cinto á su talla peregrina;  
El blanco pié en el borceguí resbala;  
Arroja á la cabeza el velo santo  
Y á los hombros suspende el negro manto.

## XXXVI.

Tal nos pintan las hijas de Memoria  
La madre del Amor, la Noche oscura,  
Con velo azul y franja mortuoria:  
Tal Marcia, menos jóven, bella y pura,  
Se presentó á Caton lleno de gloria,  
Cuando segunda vez su amor le jura,  
Y en la afliccion de Roma al ara asiste  
De Himeneo, arrastrando luto triste.

## XXXVII.

Cimódoce ignorando que vestía  
Mortal ropa que daba nuevo encanto  
A su beldad, recuerda el grato dia  
Que alegre de las musas vistió el manto  
En su primer viaje. “No es, decia,  
“Este traje nupcial de brillo tanto;  
“Pero, por ser cristiano, acaso pueda  
“A Eudoro agradar mas que de oro y seda.”

## XXXVIII.

De su primer amor la dulce idea,  
Unida á la afeccion del patrio suelo,  
Un instante inspiró á Cimodocea.  
Siéntase á la ventana donde el cielo  
A través de las barras se clarea:  
Su frente hermoseada con el velo  
En su mano inclinó, y aunque sin lira,  
Con armoniosa voz así suspira:

## ROMANCE. (2)

Lijera nave de Ausonia,  
Hiende el mar brillante en calma;  
Suelta, esclavo de Neptuno,  
Al viento la vela blanca,  
Y al ágil remo encorvado,  
Elévame bajo la guarda  
De mi padre y de mi esposo  
Del Pámiso á la onda clara.  
Vuela, pájaro de Libia,  
Que el cuello arqueas con gracia,  
Surca lijero los aires  
Y en el Itomo te para,  
Y dí que la hija de Homero  
A coger tras de tí marcha  
Los laureles de Mesenia.  
Oh! cuanto el tiempo se tarda  
Y de ver mi lecho ebúrneo,  
Y la luz que tanto agrada